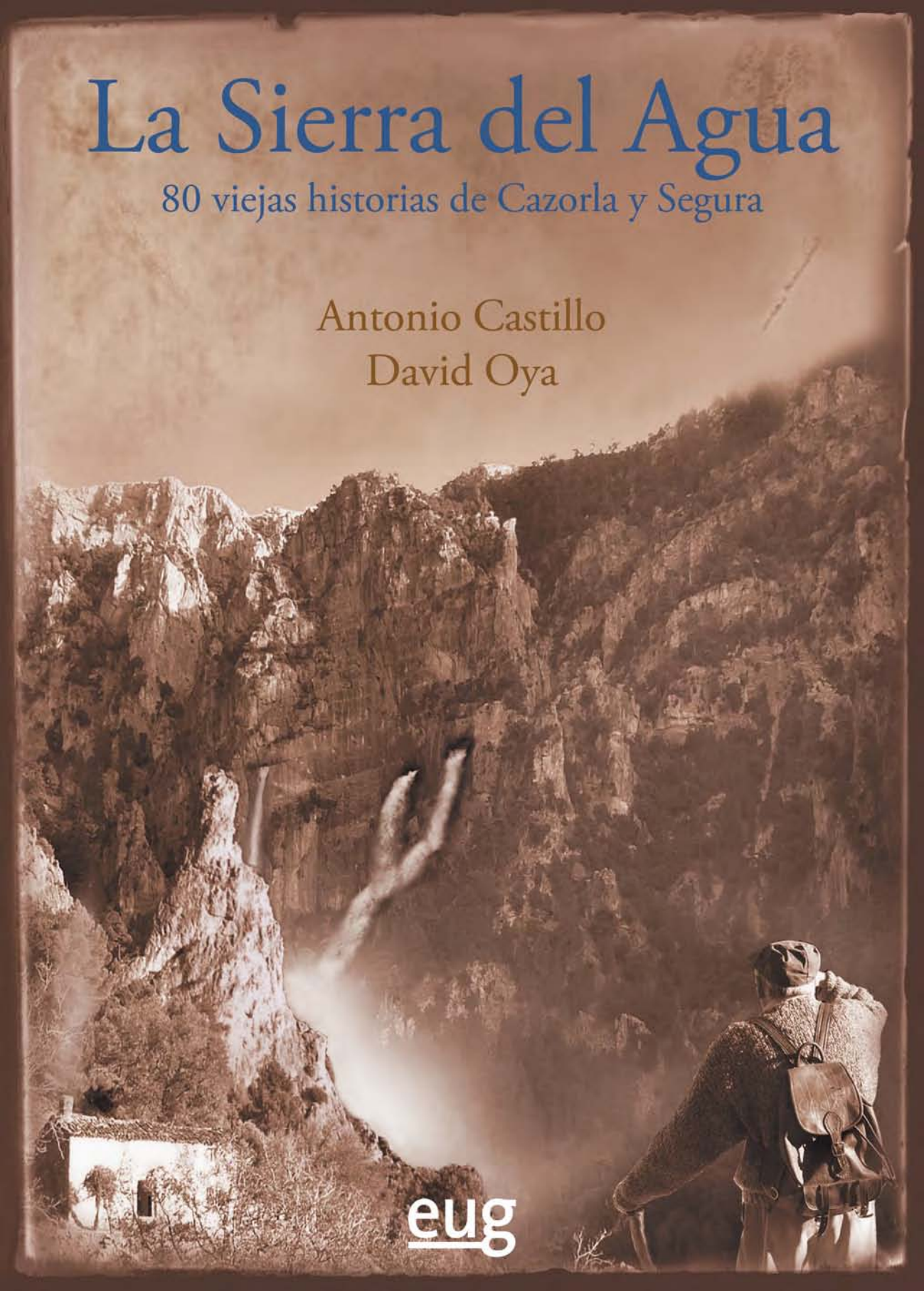


# La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Prohibido lavar la ropa de los muertos. Tradiciones y rituales del agua"

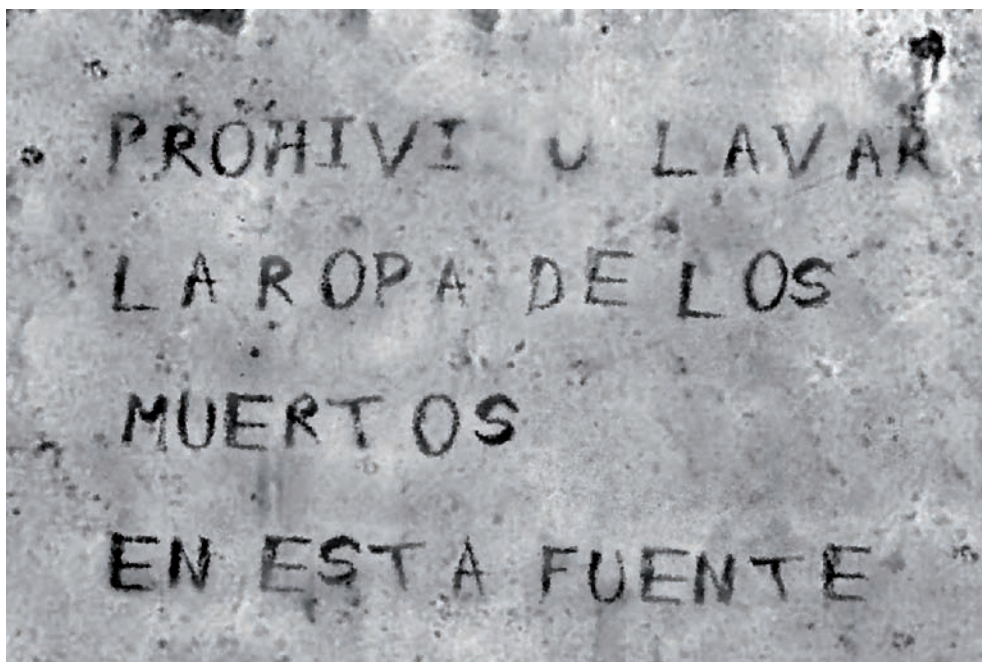
En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 101-103



## 22. «Prohibido lavar la ropa de los muertos». Tradiciones y rituales del agua

Por Antonio Castillo



«Prohibido lavar la ropa de los muertos en esta fuente». Carteles de este tipo, cubiertos con varias capas de cal, se veían hasta hace un par de décadas en algunos lavaderos de la Sierra (foto procedencia José Flores)

DESDE LA ANTIGÜEDAD, las fuentes jugaron varias funciones, no solo las más evidentes de abastecimiento, regadío, lugar de sociabilidad y ornato. Muchas de ellas tenían también un valor simbólico y ritual, muy arraigado en el mundo rural, supersticioso y religioso. Aunque las comunicaciones eran deficientes, la mayor parte de los rituales del agua corrieron como la pólvora de unas comarcas a otras, llegando hasta los rincones

más agrestes y alejados. Solo así se entiende la semejanza de rituales que se han venido practicando en Andalucía, con las lógicas variantes o peculiaridades locales.

Numerosas fuentes gozaron de particular prestigio por sus aguas saludables e incluso sanadoras; eran las «fuentes de la salud». Generalmente se trataba de aguas con características especiales, bien por ser termales, por ser minero-medicinales, o simplemente por la tradición o leyenda que se asociaba al poder reparador de las aguas, aunque estas fueran de lo más corriente. Así por ejemplo, la predilección de ciertos animales por algunas fuentes, al estar heridos o sentirse enfermos, se tomaba como signo o augurio de aguas saludables.

Otras estuvieron estrechamente vinculadas a una advocación sagrada, y su aprecio les venía como «fuentes santas». En las antiguas creencias, los manantiales estuvieron bajo la protección de las ninfas y otras deidades femeninas. Tras la reconquista, en el catolicismo popular, el papel del agua viva recobra la importancia que había tenido en el bautismo de Jesús y en toda la Biblia. Las aguas santas procedentes de fuentes santificadas por apariciones, milagros o inmersión de reliquias daban salud, o permitían enfrentarse a amenazas (sequías por ejemplo) o males (epidemias). Muchas fuentes fueron dedicadas a la advocación de la Virgen, o a los santos. En otras ocasiones, el poder sanador no residía en la fuente misma, sino en la fecha del ritual, entre la que destacaba en toda la Sierra la noche de San Juan, motivo de otro breve relato de este libro. Junto a estas aguas santas era frecuente el levantamiento de cruces, hornacinas, ermitas o santuarios, a los que se peregrinaba los días que correspondían a la advocación o a la tradición. En la Sierra era frecuente solicitar favores y cumplir promesas pidiendo la intercesión divina por el tiempo (cosechas y ganados), la salud o el amor. A esas aguas acudían especialmente los desahuciados, enfermos e inválidos, pero también madres con sus hijos recién nacidos, o con ropas de ellos, para solicitar la protección divina ante el incierto porvenir que entonces tenían las criaturas.

Y por fin, muchas otras fuentes tuvieron un valor simbólico nada despreciable, difícil de comprender hoy día. En algunas se hacían rituales

de noviazgo, generalmente de tres tipos. Las aguas que servían para romper la soltería correspondían a las «fuentes del amor». Había que beber o lavarse en ellas, algunas veces en días y de forma marcada. Otro tipo de rituales eran los que se utilizaban para adivinar el nombre del novio, como por ejemplo el de lanzar agua por las ventanas y preguntar al primer mozo que pasara. Y por fin, el tercer tipo de ritual del noviazgo era el que propiciaba el encuentro entre solteros y precipitaba la relación. Generalmente se trataba de juegos de agua, en los que se mojaban unos a otros.

Otra preocupación de la época, que buscaba remedios en el agua y las fuentes, era la relacionada con la fertilidad y la descendencia, muy valorada por el serrano. El consumo de ciertas aguas en días señalados o la inmersión de objetos, prendas de vestir y de cama se creía que daba vigor, favorecía la fertilidad de los recién casados y auguraba una numerosa y sana prole.

También había supersticiones de buena o mala suerte, que se intentaban favorecer o evitar según los casos. Muchas giraban alrededor de la muerte y los difuntos, otra de las preocupaciones de los serranos, ésta bastante habitual, dicho sea de paso. En ello había mucha magia y misterio. Aquí valían los ritos adivinatorios para conocer el desenlace de una enfermedad grave. También se utilizaba el agua como posible remedidora del enfermo en tomas, libaciones o baños. Y cuando fatalmente la muerte sobreveníá, lavarse las manos en ciertas fuentes tras el entierro, o si se había entrado en contacto con el difunto, ahuyentaba la muerte, y servía en definitiva para alejar el *malfarío*. Con idéntico sentido, lavar ropas u objetos de difuntos en las fuentes estaba mal visto y era señal de mala suerte. Hace ya bastantes años, figuraba en el lavadero de un pueblo el siguiente cartel «*Prohibido* lavar la ropa de los muertos en esta fuente». El anuncio, similar al de otros lavaderos de Andalucía, una reliquia de tiempos pasados, tuvo su razón de ser en las epidemias contagiosas que diezmaban la población, que con todo acierto pretendía evitar, en la medida de lo posible, el contacto con restos de fallecidos.

